

Francisco Galván

CUANDO EL CIELO
SE CAIGA

algaida
eco

La novela *Cuando el cielo se caiga*,
de Francisco Galván, obtuvo el
IXL Premio Ateneo de Valladolid.

Primera edición: 2011

© Francisco Galván, 2003, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-563-1
Depósito legal: Na. 40-2011
Impresión: Rodesa, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A ellas cuatro.
A la que se fue
y a las que siempre están ahí
aunque a veces no me dé cuenta.*



JORNADA PRIMERA

VIERNES, 3 DE MARZO DE 1939

MADRID, FORTIFICACIÓN INEXPUGNABLE. EL CARTEL de propaganda renace en la madrugada bajo los faros del camión. El rostro recio del trabajador, de barbilla potente, recortado sobre los tejados de la capital que resiste, brilla en la tapia del cementerio del Este. Testigo atónito de paseos de milicianos, que ya no lo son, sino soldados forzados. Ya no hay milicianos, aunque ellos prefieran seguir siéndolo. Una vez más, el obrero-campesino, de sombrero de paja y pico en ristre, se prepara para asistir, mudo, como siempre, a la ejecución de la justicia popular. Cada vez menos justicia y menos popular. Cada vez más desesperada, esquizofrénica y compulsiva.

Suenan los frenos del vehículo. Cruje entero en manos del confiado conductor que sabe el camino de memoria. Ha hecho cientos de viajes. Ha alardeado de no necesitar luces para recorrerlo. Nunca ha empuñado el fusil en estos paseos. Es el conductor, con eso basta. El trabajo está bien repartido. Unos conducen el rebaño al matadero y otros le dan *matarile*. Así lo llaman algunos solda-

dos: *matarile*. Ni siquiera ellos, ejecutores de la sentencia, se atreven a hablar de justicia. Justicia, con mayúsculas, sólo se pronuncia en casos aislados, cuando algún pez gordo cae en la red. Pero peces gordos ya no quedan en Madrid. Hace muchos meses que se han extinguido de tanto echar la red... Ahora sólo se pescan pequeñas piezas. Poca cosa, gente sin importancia. Pero la justicia, esa que nadie se atreve a nombrar en voz alta, porque ofende y resulta obscena a los oídos de la mayoría, se sigue aplicando con rutinaria regularidad, con aburrida devoción.

El conductor intuye que ya le quedan pocos paseos como éste. Pese a ello, no siente ninguna emoción concreta. Acabarán los paseos. No porque no queden enemigos a los que dar *matarile*. De esos siempre hay. Y si no los hay, se inventan. Los paseos terminarán porque la ciudad caerá en manos del enemigo dentro de poco. Eso lo saben todos. *Madrid, fortificación inexpugnable*. Eso ya no se lo cree nadie. Quizá entonces los paseos los den otros. Quizá le toque viajar un día en el remolque de su propio camión y el fuego de sus faros sea su última visión de este mundo. «¿Hay otro mundo?», se pregunta.

Pero esos pensamientos no le torturan. Pocas cosas le provocan ya cambios bruscos en su estado de ánimo. Tan sensible como el cemento a las oscilaciones de temperatura. Ha visto demasiadas muertes. Frente a la tapia del cementerio, en las

calles bajo los bombardeos de las *pavas*, en el frente de la Ciudad Universitaria. Bueno, en el frente estuvo poco tiempo. Tiros ciegos a un enemigo invisible, que corre agachado de parapeto en parapeto. Moros, explosiones y sangre. Poco tiempo pero suficiente para comprender el horror de la guerra. Los fusilamientos, la justicia popular no es otra cosa que una manifestación más de la guerra. Tanto da morir en el frente de una bala perdida, en la glorieta de Bilbao por un bombardeo de la aviación alemana o ante un pelotón en la tapia del cementerio. El resultado es el mismo. Al menos ahora los condenados no tienen que cavar previamente sus propias fosas, como ocurría en los primeros paseos. Era humillante para el reo. Esa práctica se abandonó, lo mismo que los fusilamientos clandestinos, al convertirse las milicias en ejército popular. Todo es popular, hasta la muerte. También la justicia. Aunque sigue pareciendo clandestina. Ahora los cuerpos abatidos quedan allí donde caen. Se dejan hasta el día siguiente por si sus familiares quieren hacerse cargo de ellos. El resto, que es la mayoría, se enterrará después en una fosa común. Otros se ocuparán de esa tarea. El trabajo está bien repartido.

Los soldados antes milicianos hacen descender del camión a los condenados. Apenas hay palabras. Todos saben a lo que van y lo que deben hacer. El piquete ha representado esa obra cientos de veces. La cumple de memoria, como el con-

ductor su trayecto. También podrían matar a ciegas. Sin luz. Los reos, artistas invitados a la representación —única representación—, también cumplen su papel a la perfección.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Son cinco los invitados hoy al paseo. Hay una mujer joven. Llevan atadas las manos por delante. Alguien dijo una vez que morir fusilado con las manos amarradas a la espalda era demasiado heroico para simples delincuentes. Las manos a la espalda obligan a adelantar el pecho. Es un gesto de valor. Aunque sea involuntario. Pecho por delante. Desafío a la muerte. Eso queda sólo para los patriotas. Pero ellos no fusilan patriotas, sino facciosos y traidores, quintacolumnistas, asesinos y demás ralea adicta a Franco.

—Quiero confesión. Un sacerdote, por favor —murmura uno de ellos. Se sale del guión.

El sargento al mando se encoge de hombros.

—Ya no quedan en Madrid. Lo siento.

Su disculpa es sincera. Le hubiera gustado complacer la última voluntad de un condenado, pero los curas fueron los primeros en caer, en ser alineados frente a la tapia del cementerio. Entonces la justicia popular era más multitudinaria. Venían varios camiones. Ahora sólo uno con cinco reos. Cada día quedan menos traidores. Cada vez hay más desgana en todo: en defender Madrid, en atrapar fascistas, en aplicar justicia. ¿Para qué? ¿De qué sirve? Es cuestión de tiempo, de poco

tiempo, que *Madrid, fortificación inexpugnable, no pasarán*, se hunda. ¿Para qué matar a nadie entonces? ¿Se sirve así a una República difunta cuyos máximos responsables han volado?

El sargento es un junco verdinegro de pólvora, casi gitano. Alinea a los cinco condenados frente a la tapia. El noble trabajador, perfil casi romano, observa la muerte desde su cartel que es cartel. Los soldados antes milicianos les vendan los ojos. Es incómodo que las víctimas te miren a los ojos mientras las matas. Aunque los faros del camión deslumbran a los reos. Ellos sólo ven siluetas alineadas. Ocho sombras de plomo negro que son de muerte. El soldado miliciano que venda los ojos de la mujer se entretiene más de la cuenta. Ella es joven, como el verdugo. Le atrae su cara; es guapa, piensa. Los focos del camión extraen destellos dorados de su pelo. ¿Qué habrá hecho ésta para que haya que fusilarla? Al fin termina. Se incorpora a la fila negra. Fila contra fila. Al conductor, que no se ha apeado y fuma, le parece un ajedrez. Pero aquí son ocho fusiles contra cinco peones inermes. «¿En el ajedrez hay fusiles?» No sabe. Nunca ha jugado. Es cosa de burgueses. Aunque ha visto a algunos compañeros de las brigadas internacionales practicarlo. Se quedó mirando, pero no entendió nada. Demasiado complicado. Prefiere la brisca.

Una descarga de fuego le saca de esos pensamientos. «¡Joder, no me acostumbro! ¡Siempre

me sobresalto!». Olor intenso a pólvora, incluso dentro del camión. Han caído cuatro como fardos. Se han desplomado como si fueran pañuelos que se sueltan de la mano. Siempre caen igual. Sin aspavientos. Modestamente. La mujer está en pie. Se tambalea. Pero es el terror lo que la mece. Terror a punto de hacerle perder el conocimiento. No sabe qué ocurre. Ciega por la venda. No sabe si está muerta o viva.

El sargento se cabrea. No es la primera vez que sucede que alguien se le queda en pie después de la descarga. Pero hoy ve mala intención en el pelotón. Ninguno de los milicianos ha querido disparar a la joven. Casi niña. No ha habido justicia para ella. Como en otras ocasiones, el gitano verdinegro, casi junco, pistola en mano, se acerca a la superviviente. Ella no sabe. Gira la cabeza ciega. Trata de escuchar qué pasa. Pero nadie dice nada. Sólo el ruido del motor del camión, al ralentí. La pistola del jefe del pelotón apunta a la sien dorada. Podría ordenar una nueva descarga. Esta vez sólo para ella. Las ordenanzas mandan que se hagan dos descargas; pero nunca se cumplen las ordenanzas. No le apetece alargar la función. Aprieta el gatillo, a dos dedos de la cabeza de la joven: «¡Clic!».

—¡Coño, se me encasquilló el arma!

La joven da un respingo con el grito del sargento. Gira la cabeza. Su nariz está a dos dedos del cañón. No ve. Pero comprende todo en una

décima de segundo. Dicen que, en esas situaciones extremas, el cerebro es capaz de trabajar un millón de veces más rápido. No ha necesitado ver. Lo comprende todo. Pero no dice nada. Está paralizada.

—¡Bernardo, te toca! —ordena el sargento.

El conductor tiembla. Nunca ha formado parte del pelotón. No tiene fusil. No se atreve a apearse. Se aferra al volante con manos sudadas. El cigarro se le cripa en los labios secos. El junco le requiere de nuevo, con voz desabrida esta vez.

—¡Ven aquí inmediatamente! ¡Con la pistola!

Bernardo tiene pistola. ¡Algo había de tener! ¿Qué clase de guerra iba a hacer sin armas? Hasta los conductores han de ir armados. Se baja del camión. El pitillo se le cae de la boca con el mismo aire que los fusilados cayeron muertos. Se acerca al sargento. Mira a la joven. Ella le mira sin ver. El gesto que le hace el sargento es claro. Saca su pistola. Está limpia y brillante. Casi a estrenar. Es soviética, fruto de la ayuda rusa al Gobierno de la República. No puede fallar. Levanta despacio el cañón. Ella le mira. Ojos desorbitados tras la venda. Apunta a su frente limpia. La sien, lugar apropiado para estos casos, queda de lado y no tiene fuerzas para girar alrededor de ella en busca del punto indicado para ejecutar la sentencia. A dos dedos de la frente. La mano de Bernardo tiembla porque todo su cuerpo tiembla. ¡Matará por primera vez! Ha visto la muerte, pero nunca la ha

conjurado para que acuda a su llamada. Reclamo de hierro frío traído de Rusia para matar fríamente. Cierra los ojos. Se iguala a ella. Dos ciegos frente a frente. Blanca frente contra cañón negro. Ajedrez de hierro muerte. Toda su vida pasa por su mente en un largo instante. De albañil a miliciano, de soldado a verdugo. Aprieta el gatillo. Suena un estampido. Brutal. Se sobresalta. Siempre se sobresalta. No se acostumbra nunca. Abre los ojos. Espantado. ¿Dónde está ella? A sus pies. Muerta.

Claudio Ballesteros es policía de la brigada de investigación criminal. Aguarda sentado a la mesa camilla a que su madre le ponga el desayuno. Achicoria, quizá malta, y un trozo de pan duro. No pide más. No hay más. Alguna galleta de vez en cuando. Pero prefiere que las galletas se las coma su madre. Como antes de la guerra. Es muy galletera la viuda de Ángel Ballesteros. Albañil. Anarquista. Parece que en Madrid sólo había albañiles y anarquistas antes de la guerra. También había militares y curas. El padre murió pocos días antes de empezar la guerra. Fue tiroteado por *balillas* de Falange durante una huelga. Una más, uno más. El chico, hijo único y tardío, nunca pudo resolver ese crimen. Acababa de entrar en el cuerpo de policía con gran disgusto del viejo. «¡Te doy estudios para esto!», le reprochó

un día la forma en que desperdiciaba el esfuerzo de sus padres por llevarle a la escuela hasta los catorce años. Ser policía es peor que burgués. Es ser esbirro del burgués. El perro guardián que adiestra el potentado para morder a los pobres a los que exprime. Eso le dijo un día. El chico calló. La madre, costurera para redondear un salario de miseria, le decía que no hiciera caso, orgullosa de que su niño fuera autoridad.

Dos días después de la muerte del viejo, Claudio tuvo que detener a Cipriano Mera, camarada de su padre. Agitador de la CNT. Eso decía la ficha de la Dirección General de Seguridad. Su padre también tenía ficha, pero más chica que la de Mera. Todos los albañiles tenían ficha. Había rabia en el alma del detective cuando acudió a buscar a Mera. Impotencia. Ojos acuosos. Los tres guardias de asalto que acompañaban a Claudio durante la detención del anarcosindicalista, en su casa del Puente de Segovia, disimularon. Ellos también tenían padres albañiles. O quizá eran otra cosa.

Mera era una roca, acostumbrado a entrar y salir de la cárcel Modelo. Adoquín tallado en revolucionario. Silencioso y explosivo. Una sonrisa del sindicalista facilitó el trabajo del policía.

—Lo siento, dicen que debo detenerte por incitar a la huelga y a la violencia —se disculpó el hijo de su camarada muerto.

—Gimnasia revolucionaria, lo llamo yo —respondió Mera.

Silencio en el coche hasta llegar a la Dirección General de Seguridad. Claudio acompañó a Mera y a los guardias más allá de lo que es habitual en otras detenciones. A punto de cruzar la reja de los calabozos, se pararon. A solas un minuto. Habló Mera mirándole a los ojos.

—Escucha, Claudio, no me importa que me detengas. Tú, mejor que cualquier otro. Pero espero que dentro de poco sepas dónde tienes que estar.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabrás muy pronto. Quizá ya lo sepas...

Mera se marchó a los calabozos llevado por los guardias. Claudio sabía perfectamente a qué se refería Mera. Todos, salvo el Gobierno, en indolente siesta, conocían que se preparaba un levantamiento militar. Pero el sindicalista adivinaba también que la revolución popular acompañaría a las armas de los militares. Gimnasia revolucionaria. Así llamaba Cipriano Mera a los ensayos de lo que había de venir. «Y yo, ¿dónde he de estar entonces?», se preguntó Claudio.

No esperó mucho para saber la respuesta a esa pregunta. El 19 de julio, Claudio acudía al *Abanico* (así llamaban a la cárcel Modelo debido a la disposición de sus galerías) para liberar a Mera. El alcaide se hacía el remolón, pero finalmente accedió a la presión popular y liberó a la mayoría de los presos. Claudio acudió a la celda del anarquista para abrirle la puerta, pistola en mano. Otros

cenetistas le acompañaban. Todos armados. El sindicato había acumulado algunas armas durante las últimas semanas. La revolución estaba en marcha.

—Veo que sabes dónde estás —le dijo Mera después de abrazarle.

—Con mi padre —respondió Claudio—. El viejo hubiera estado aquí.

Cipriano invitó a Claudio a seguirle en su vendaval revolucionario, pero el policía lo rechazó. Otras obligaciones. Otras urgencias. Al día siguiente, Claudio participó en el asalto al Cuartel de la Montaña. Era de los pocos que tenían armas. Una simple pistola. Allí se encontró con otros compañeros. Guardias de asalto, guardias civiles, sindicalistas. Fue una carnicería. Por ambos bandos. Ayudó a recoger los cadáveres esparcidos por el cuartel antes de regresar a sus quehaceres en la Dirección General de Seguridad.

Doña Asun sirve una taza de malta a Claudio. También dos galletas. Él protesta.

—Cómase usted las galletas, madre. Sé que le gustan.

—Tú calla y come, que tengo más. Me han regalado una caja entera. Son inglesas. Muy finas. De mantequilla.

—¿Quién le ha regalado eso? —Claudio se extraña de tan espléndido regalo y prueba una galleta.

—Verás, de eso quería hablarte. Una vecina de aquí al lado, de la calle José Antonio Armona, con la que he hecho amistad en las filas del racionamiento, me ha pedido que te intereses por su hija, que la han detenido sin razón.

A Claudio le molesta que pidan favores a la policía. Y más aún que los paguen con regalos caros. Además, seguro que las galletas han sido obtenidas de forma ilegal. Protesta. Trata de zafarse del encargo de su madre. Sorbe la malta y se come la segunda galleta.

—Estoy hasta arriba de trabajo, madre. Esta noche no he pegado ojo. Ha aparecido un hombre estrangulado en el Museo del Prado —Claudio mira de frente a la viuda para exhibir sus ojeras. No sabe que tiene ojeras desde que murió su padre, hace casi tres años ya.

—¿Otro estrangulado?

—Los otros eran degollados —puntualiza Claudio—. Pero para el caso da igual, son tres muertes que me traen de cabeza.

—Lo que debes hacer, hijo, es marcharte de Madrid cuanto antes. Te lo he dicho mil veces —dice con voz quebrada y le toma la mano para dar más intensidad a su súplica.

—¿Cómo me voy a marchar? Tengo trabajo que hacer, un deber que cumplir. No puedo dejar una investigación a medias —al decir esto piensa en los que mataron a su padre, aún libres. Muerte impune. Una más.

—Todo el mundo se está marchando a Valencia o a Francia, y el primero fue el Gobierno, ya lo sabes. Desde la caída de Barcelona, el que no se ha ido ya es porque tiene asegurado un medio de transporte para irse a última hora o no tiene dónde caerse muerto, o... porque es fascista. Los que tenéis responsabilidades debéis huir porque Madrid no resistirá mucho más, hijo.

—Madre, habla usted de responsabilidades como si yo fuera un criminal... —Claudio se termina la malta de un último sorbo.

—¡No, hijo, por Dios! Pero yo escucho la radio de Burgos, la pongo muy bajita para que no me descubran los vecinos, y dice que todos los que tengan responsabilidades lo pagarán... y tú eres un policía que ha detenido a muchos facciosos. No te lo perdonarán.

—No soy más que un simple policía. Detengo a quien quebranta la ley. Los franquistas supongo que también tendrán policía, ¿no?, igual que tienen panaderos y transportistas. Para detener a los espías existe el SIM, que está bajo mando militar. Ya lo sabe usted.

—Estás en las nubes, chiquillo. Eres un romántico, como tu padre. O quizá un insensato. Da igual. Si te quedas, vendrán a por ti cuando entren, hijo —insiste la madre reprimiendo un sollozo.

Chiquillo. Le salen a la vieja los usos de sus antepasados andaluces. En realidad ellos decían *quiyo*. Sólo le llama *chiquillo* en momentos verdade-

ramente importantes. Paradójicamente, cuando apela a su responsabilidad de hombre. Claudio es el hijo que necesita su protección. El niño desvalido. Criado enfermizo hasta que cumplió los doce. Muchas veces pensaron sus padres que el hijo único se les marcharía para siempre en una de esas fiebres. Con toses asfixiantes.

Claudio no responde. Tiene trabajo pendiente. Un deber que cumplir. Varias muertes extrañas que investigar. Algunos asesinos que atrapar. Sabe que su madre tiene razón. Los fascistas acabarán con cualquiera que haya empuñado un arma, que haya trabajado por la República. Todos son rojos. Claudio Ballesteros sabe que ésta no es una guerra ordinaria. No se trata de ganar unas batallas y luego rendir al rival. Se busca el exterminio del enemigo. Acabar con todo lo que huelga a comunista. Y para Franco son comunistas todos los que no son fascistas.

La madre pasa la mano por la nuca del hijo. Sabe que eso le ablanda. Recursos de madre. El hijo la mira con ternura. Las lágrimas pueden brotar en cualquier momento. No se agotan. Han corrido muchas lágrimas por los ojos de la viuda, pero siempre quedan más. Claudio toma la mano de su madre y asiente con la cabeza.

—Déme los detalles de esa chica.

—Te llevará muy poco, solo una gestión para ver dónde está. Debe ser un error. Es muy joven. No ha hecho nada.

Doña Asun corre hasta el aparador. Allí, sobre la radio, coge una foto. Se la entrega a Claudio. Una cara alegre de tirabuzones rubios. Volantes y encajes que acompañan. Por detrás, un nombre: «María Lourdes Campillo».

—¿Cómo fue? —pregunta Claudio con aire cansino mientras recoge una a una, con la yema de uno de sus dedos, las miguitas de galleta que han quedado sobre el mantel. Las lleva a la boca. Gesto inconsciente. Repetido miles de veces durante casi tres años de privaciones.

—Fue ayer por la noche. Llegaron varios hombres armados y se la llevaron sin más. No dieron explicaciones —dice su madre—. Tiene que ser un error porque ella no ha hecho nada ni está metida en nada. Al contrario, colabora remendando la ropa de los soldados que están en el frente.

—¿Fue la policía o el SIM?

—No te puedo decir. Solo sé que iban de uniforme. Su madre estaba muy nerviosa y no pudo distinguirlos. Ellos tampoco hicieron mucho por identificarse.

Claudio Ballesteros es alto y nervioso, como espiga verde al viento. Crecido de golpe tras superar su primera niñez raquítica. Se dirige al lavabo para refrescar su cara, embotada por la fatiga y la falta de sueño. Ante el espejo ve su cabeza afeitada para evitar piojos. Sonríe al pensar en su padre. Al viejo luchador le hubiera divertido ver-

le así. Cuando era pequeño le recriminaba que se dejara el pelo largo: «Las melenas son propias de los ricos desocupados. El trabajador debe ser ordenado y llevar el pelo corto y arreglado. No somos cerdos, como ellos suponen, sino humildes; pero, al tiempo, orgullosos. Llegará nuestro momento y hemos de estar preparados».

Ese momento, más bien instante, llegó y se fue tan rápido como había venido. Menos mal que no lo vio el viejo Ballesteros. La revolución vino con los militares, como suponía Mera. La guerra era revolución al principio. Al menos eso creyeron ellos, los anarcosindicalistas de la CNT. Después, la guerra fue sólo civil y también carnicería. Y hambre, dolor y lágrimas. La revolución soñada se transformó en pesadilla. Los espíritus libertarios, como el de Mera, tomaron las armas y también los galones. Por supervivencia. Las milicias se convirtieron en ejércitos, en brigadas, en divisiones. La revolución vino con los militares y se hizo militar. Vistió uniforme, disparó ametralladoras y minó puentes. La revolución anarquista, esperada por el viejo albañil, murió antes de nacer. Demasiado frágil para imponerse a los Junker nazis, a los moros de Franco y a las intrigas palaciegas de la República.

Reconfortado por el agua gélida, Claudio besa a su madre en la mejilla. Promete buscar a la chica. Las botas de militar lo elevan aún más sobre la insignificancia de doña Asun. Sale a la calle y de-

cide caminar en lugar de tomar el tranvía. Quiere despejarse. La mañana es fría y está destemplado de la noche en vela. Un conservador del Museo del Prado ha sido estrangulado con el cable de una lámpara. Fue hallado en los sótanos de la pinacoteca, tirado en el suelo entre los cuadros embalados que no han podido salir de Madrid. Las mejores obras fueron evacuadas en noviembre del 36 para preservarlas de los bombardeos de la aviación alemana. Pájaros negros que a diario traen la muerte. Sólo una vez bombardearon con panecillos y fue más doloroso: «¡Sois unos muertos de hambre! ¡Rendid Madrid!». Mensaje humillante junto a pasquines incitando a la rebelión contra la República. Muchas mujeres recogieron el pan y lo llevaron a la Dirección General de Seguridad. Allí, Jirauta, el director, ordenó que se llevara al frente y se devolviera al enemigo arrojándose desde las trincheras.

El cadáver del conservador, Guadalupe Lastra, fue descubierto a medianoche por un compañero que lo echó de menos. Se ordenó un imposible inventario por si robaron algún cuadro, aunque es una idea descabellada intentar sacar algo del Museo. Está más vigilado que el ministerio de la Guerra.

«¿Quién pudo matar a un conservador del Museo, y por qué?», se pregunta Claudio mientras camina a buen paso desde su casa, en la calle Fray Luis de León, hasta la Dirección General de

Seguridad, en la calle Víctor Hugo. Junto a la Gran Vía. Antes que nada, resolverá el encargo de su madre. Sabe que si no lo hace, lo olvidará. La investigación de los crímenes que tiene pendientes, todos ellos extraños y con escasas pistas, le absorberán toda su atención. Lourdes Campillo. Así se llama la chica. Recuerda su nombre sin necesidad de mirarlo en la foto que guarda en el bolsillo de su tres cuartos militar.

Madrid bulle ya a las ocho de la mañana. Probablemente no ha dormido, como Claudio. Las mujeres se echan a la calle para buscar algo que comer. Las colas asoman en los comercios que expenden algo de alimento. Arroz, lentejas, algunas patatas y poco más. Antes llegaba de vez en cuando algo de carne de los comités de ayuda extranjeros. Pero los países que al principio de la guerra fueron solidarios con la República olvidaron pronto que la lucha sigue. El hambre aprieta cada día más. De noche, muchas mujeres recorren a pie treinta kilómetros. Van hasta Torrejón o San Fernando de Henares en busca de productos de huerta. Algún tomate, pepinos o zanahorias. Casi siempre vuelven de vacío. No hallan nada. O lo poco que hay es demasiado caro.

Claudio solía pasear con los amigos por el Paseo del Prado los domingos por la mañana. Para cruzar miradas con las chicas que también paseaban. Relaciones de soslayo, sonrisas tapadas entre Atocha y Cibeles. Un refresco con ellas, en un

quiosco del itinerario, era una fiesta. Y un milagro. Pelea por convidarlas antes de comer y sin blanca para el cine de tarde.

El policía añora esos años adolescentes, no lejanos, mientras recorre el mismo camino de entonces. Hoy es bien diferente. No hay sonrisas, ni volantes, ni flores en el Paseo. Sólo sacos terreros y cemento en la Cibeles, Neptuno y el Museo del Prado. Ruinas a ambos lados y nidos de ametralladoras disimulados en algunos balcones. La mayoría de los árboles han caído bajo el hacha nocturna y sus pedazos han calentado tres inviernos. El ayuntamiento censura las talas, pero al tiempo hace la vista gorda porque no tiene carbón o leña que ofrecer a los madrileños. Al pasar por Neptuno, sonrío. No puede evitar echar un vistazo a lo poco que se ve de la fuente. Aún recuerda la descabellada investigación que le encargaron a finales del 36, cuando comenzaba a apretar de verdad el hambre. El hambre agudiza el ingenio y algún hambriento colocó una noche un cartel en el tridente de Neptuno: «Miaja, me das de comer o me quitas el tenedor». Lo consideraron faccioso y desmoralizador para la población civil. Lo equipararon a los quintacolumnistas que propalan rumores falsos. Peor que los bombardeos de las *pavas*. Claudio tuvo que hacer averiguaciones. Aunque nada averiguó. Afortunadamente, pronto se olvidó el incidente.

Guardias aburridos saludan marcialmente (lo intentan) a Claudio al llegar a la Dirección General. Pide la relación de detenciones de la noche pasada. Una docena de personas entre las que no está Lourdes Campillo. Revisa las fotografías de los ajusticiados. Improbable que esté allí ya que la detención fue hace menos de doce horas. Poco después de comenzar la guerra, el Ministerio de Gobernación ordenó fotografiar a los ejecutados para facilitar a las familias su localización. ¡Eran tantos! Los paseos entonces eran inmediatos, sin pasar por centros de detención. Los familiares de personas desaparecidas durante la noche acudían desesperados a las comisarías en busca de noticias, casi siempre fatales. El reconocimiento fotográfico se centralizó en Víctor Hugo para evitar a los parientes un penoso peregrinar por las diferentes comisarías de Madrid. Rostros tumefactos, cráneos descerrajados, caras aplastadas... Las fotos se tomaban después de la ejecución. A veces era difícil reconocerlos.

No encuentra el rostro de la chica entre los ejecutados. Claudio muestra la foto de Lourdes a los compañeros que acaban el servicio de nocturno.

—¿Has visto a esta chica por aquí esta noche?

Negativa tras negativa. Llama por teléfono a las comisarías más próximas al domicilio de Lourdes. Nada. Finalmente decide preguntar en el SIM. Quizá fueron sus agentes los que la detuvieron. Pregunta por el comandante Leocadio He-

rreros. Ya le conoce de otras veces. Hace poco ha tenido que hablar con él precisamente por dos de los crímenes que investiga. Aprovechará la ocasión para preguntarle también por la muerte del conservador del Museo. Quizá no sepa nada, pero el Servicio de Investigación Militar siempre dispone de información que se oculta a la policía. Herreros maneja más información que nadie sobre lo que ocurre en Madrid. Es un militar que se afilió al Partido Comunista para medrar poco después de comenzar la guerra. Entró de sargento. Eso, al menos, es lo que le han dicho a Claudio. Se dicen tantas cosas.

El comandante Herreros no está. Aún no ha llegado, de modo que decide acercarse hasta su despacho a esperarle. El SIM está muy cerca, en el ministerio de Marina, junto a Correos.

En la puerta de la Dirección, al salir, se cruza con dos guardias de asalto que llevan un detenido. El Quemao. Casi sesenta años apretados en un cuerpo enjuto. Casi negro. Si Claudio no supiera que nació en Vallecas pensaría que es un guineano de las tropas de Franco. Pero es un viejo conocido. Un delincuente de poca monta. Lo ha detenido media docena de veces, todas ellas antes de la guerra.

—¿Qué haces aquí, Quemao? —pregunta Claudio con sorna al verle esposado.

—Un acaparador —responde uno de los guardias que lo flanquean—. Y luego vendía los víveres a sobreprecio.